

brazo: ella se resiste, se defiende, y se abraza fuertemente de la cruz: en este movimiento se le deshizo el peinado, cayendo sus hermosos y largos cabellos sobre la espalda: su violenta conmocion daba á su semblante un brillo sobrenatural; su actitud, y la expresion de su fisonomia, tenian un no sé qué de sublime, que jamás habia parecido tan bella á los ojos de Luis. El intenta levantarla dulcemente; la Duquesa mira á su amiga, y la llama con un acento que despedaza el corazon: madama de Themine corre á ella; el Rey se vuelve, y le lanza una mirada terrible; madama de Themine baja los ojos, pero se avanza con valor. Venid, dice el Rey á la Duquesa; un coche nos aguarda: diferir mas, es hacer una escena ruidosa; venid. ¡Qué! Señor, dijo madama de Themine, ¿una Señorita ir con V. M. á solas en un coche!... El Rey segunda vez mira con profunda indignacion á esta joven desconocida, que osaba oponerse á su voluntad: esta mirada colérica que exprimía toda la fiereza del Rey, no pudo turbar á madama de Themine, que habia tenido hasta entonces la vista baja; su continente era respetuoso, modesto, pero firme; anunciaba la inflexibilidad de su carácter. Despues de un momento de silen-

cio, tomando Luis la palabra, le dijo: Bien, Madama, venid vos con ella á S. German. No Señor, respondió: yo daría mi sangre, si fuera necesario, porque no volviera allí: yo la seguiré, si V. M. lo ordena; pero jamás la conduciré voluntariamente... Pues vendrá sola conmigo, replicó el Rey vivamente; y si este paso es irregular, tomo sobre mí el cuidado de justificarla... No, no, contestó la Duquesa, siempre defendiéndose. Esta prolongada resistencia, y, sobre todo, la presencia de madama de Themine, pusieron al Rey en el último extremo. Vosotras quereis, exclamó, obligarme á que obre como un tirano, con una voz temible; pues lo conseguireis... Su tono amenazador hizo estremecer á la Duquesa; pero, indignandose, redobló su fuerza; su corazón se oprimió, se estancaron sus lágrimas, y sus brazos se envararon: no me arrancarán de aquí, exclama, asiéndose estrechamente á la cruz que tenia abrazada. El Rey estaba tan sorprendido como asustado, de esta vehemencia que por primera vez veía en ella; y lo conmovió tanto mas, cuanto su figura angelical expresaba al mismo tiempo el mas doloroso terror. Ah! sosegaos, la dice, poniéndose de rodillas delante de ella: ¿podría dejar de ser generoso, el que os

ama?... ¡Y vos no tendreis compasion, cuando lo pasado os responde de mí; y me basta la felicidad de veros?... ¡Cuando os renuevo el juramento de respetar para siempre vuestros principios, renunciareis al amigo desgraciado que no podrá vivir sin vos? (1) ¡De qué me sirve el poder que me ha dado la suerte, si no alcanza nada sobre vuestro corazon? ¡Qué me importa la gloria si os pierdo?... Venid á reanimar esta alma abatida, á excitar la emulacion y el sentimiento de mis deberes; nada puedo sin vos, ¡y podré cerca de vos dejar de reinar sin esplendor? Vuestra sola presencia me dará el entusiasmo por la virtud: todo me dará, en una palabra, hasta el valor para moderar esta inclinacion que os horroriza. Este lenguaje seductor hizo mucha impresion en el corazon y el espíritu de la Duquesa. Este monarca tan altivo, tan magestuoso, estaba rendido á sus pies suplicante, y sus ojos bañados de lágrimas. La Duquesa se quedó pálida, se ablandaron sus brazos, y se desacieron de la cruz: el Rey apro-

(1) ¡Insensato el que fia de sí, poseido de una pasion! Si confia en sus fuerzas es un error; si en las de la gracia, sin poner los medios de su parte, insulta á la Divinidad.—*El Traductor.*

vechó este instante, la levanta, y la lleva. Infortunada! exclama madama de Themine. Luis precipita su marcha: la Duquesa entre gemidos, desvanecida, y apenas pudiendo sostenerse, se entrega, no como una amante apasionada, sino dejándose conducir como una víctima. Ella recobró su espíritu al acercarse á la puerta; pero fué para experimentar un profundo sentimiento de confusion y vergüenza, viendo á las religiosas consternadas, cubiertas con sus largos velos, y bajos los ojos como para no verla. ¡Gran Dios! exclamó: ¡Es posible que yo haya venido á este respetable asilo, solo para profanarle? Se abrió la puerta: se cerró al punto. Habia en el pátio un coche tirado de seis briosos caballos: sube Luis con ella, y parten en el momento. El Rey le renueva sus juramentos de una sumision sin límites; tuvo la delicadeza de no hablarle de su amor, y sí de su respeto, de su admiracion, y de su reconocimiento. La Duquesa, por entregarse al encanto de oírlo, se persuadió fácilmente que hablaba de buena fé, y que en lo sucesivo no exigiría de ella sino la confianza de una íntima amistad. Luego que se calmó un poco, le preguntó, cómo habia sabido su fuga; y el Rey le contó: que dando audiencia á los embajadores

de España, había oído pronunciar su nombre con un aire misterioso al Duque de Saint-Aignan, y al Marqués de Sourdis, que estaban en una ventana: que entonces recordó S. M. el estado en que la víspera la había visto, y acercándose al Duque de Saint-Aignan le preguntó sobre lo que conversaba, y al oír que la Señorita la Valliere había salido para el convento de Chaillot, donde pensaba encerrarse, precipitadamente dejó los embajadores, por ir á pedir un coche; y no permitiéndole su agitacion esperarlo, había bajado á las caballerizas, ensillado él mismo un caballo, á fin de partir sin dilacion, ordenando á los criados venir á Chaillot á encontrarle (1). El Rey agregó, que sus sentimientos nada tenían de criminales; y que siendo tan perfecta la conducta de la Duquesa, no había tampoco que disimular: que él publicaría la verdad claramente, diría que la Duquesa había dejado la córte sin su consentimiento, con el designio de no volver, y que S. M. había hecho todo lo sucedido, por restituir allí una persona digna de su estimacion, que poseía toda su confianza; que él había tenido mucho trabajo en persuadirla á

(1) Relacion completamente histórica.

que volviese; y que el sacrificio que la Duquesa le había hecho de su resolucion y proyectos, lo unia mas á ella por los vínculos del reconocimiento.

Efectivamente, apenas llegó S. M. á Venailles, fué al cuarto de la Reina Madre, y le habló como había anunciado. En verdad, le contestó la Reina, despues de haberle escuchado atentamente, que no sois dueño de vos mismo. Al menos, replicó S. M., yo haré ver que lo soy de los que me ultrajan (1). Quería designar á Madama, y la condesa de Soissons, quienes no podian disfrazar su odio á la Duquesa. Los demás enemigos de ella se habían guardado muy bien de mostrar tales sentimientos, y aun el conde de Guiche y el marqués de Vardes, á pesar de su intimidación con Madama y la condesa de Soissons, se conducian con tanta destreza y falacia, que el Rey estaba persuadido de su benevolencia ácia la Duquesa, y los trataba siempre con el mismo favor. Habló tambien S. M. á la Reina de la fuga de la Duquesa, atribuyéndola á los caprichos y enemistad de Madama. La Reina, ó por prudencia, ó por

(1) Propias palabras de la Reina Madre y el Rey.

credulidad, no manifestó recelo alguno; trató á la Duquesa mejor que antes: desde este momento la recibió en su cámara interior, sin que concurriese con Madama en su comitiva; distincion que á ninguna otra camarista hizo. En fin, el Rey tuvo una conversacion sobre el mismo asunto con Madama: comenzó por un tono de confianza, diciéndole, que tenia la mas tierna inclinacion á la Duquesa; haciendo un elogio de su virtud y su carácter: Madama se sonrió desdeñosamente, y respondió con altanería: que no debia recibir semejante confidencia, ni favorecer una intriga de este género. Agregó, que solo la autoridad del Réy podia conservar á la Duquesa su plaza cerca de ella; pero que no mirándola en lo sucesivo como una persona de su familia, no la llevaría en su comitiva, ni la admitiria en su sociedad íntima; y le sería permitido entrar solamente los dias que recibia á todo el que se presentaba en su cuarto (1). Yo quiero, replicó el Rey con frialdad, que la Señorita de la Valliere conserve una plaza que honra; por lo demás, Madama, yo no os prescribo nada. La ve-

(1) Se ha dulcificado mucho la respuesta de Madama. No se pueden repetir aquí sus propias expresiones, sin alguna impresion que cause disgusto.

ré en su cuarto sin misterio, ó en los de las reinas, que la recibirán con la consideracion que se debe á una persona de conducta irrepreensible, á quien respeto tanto como la amo. A estas palabras se levantó S. M., dejó á Madama, y se apoderó de ella la mas violenta agitacion, y una cólera que pasó hasta el furor. El conde de Guiche estaba ausente por quince dias; Madama no podia consultar sino con la condesa de Soissons, quien le dió consejos violentos, que ella estaba muy dispuesta á seguir. Mandó llamar á la Duquesa para imponerla de todo lo que le habia dicho el Rey; pero lo ejecutó con las expresiones mas despreciables, indicando una opinion injuriosa á la conducta de la Duquesa. Esta, en las circunstancias ordinarias de la vida, se intimidaba fácilmente; pero tenia tanta elevacion de alma como modestia. Pura todavía, y sostenida por el testimonio de su conciencia, creyó de su deber no dejarse abatir por este exceso de injusticia. Yo obedeceré al Rey, dijo, en no dejar la plaza que quiere que conserve, felicitándome en que se proporcione modo de darle esta prueba de mi respeto é inclinacion; y cierta, por otra parte, que nada perderé por esto de la dignidad de un carácter, que no tiene

que reprenderse, ni de la reputacion que merece una conducta sin mancha. La firmeza de esta respuesta confundió á Madama, y exclamó con arrebatamiento: que no le sorprendía ver que la Duquesa desmintiese su fingida dulzura; la acusó de falsa, de hipócrita; y perdiendo su razon y toda medida, la amenazó que se quejaría al Rey de su insolencia. La Duquesa respondió con calma: el Rey no solo no la creerá, si se le cuenta, mas tampoco lo que ha sucedido; porque no podrá persuadirse que Madama olvidase en este punto su propia dignidad.... Al oír estas palabras Madama, saliendo fuera de sí, le ordenó imperiosamente que se retirara; lo que ejecutó la Duquesa sin proferir palabra. Ella guardó un silencio absoluto de esta extraña escena; pero Madama, que no tuvo ocasion de hablar al Rey, porque ya no iba á su cuarto, se quejó amargamente á la Reina Madre, que la escuchó con frialdad, y le dió por respuesta una exhortacion dirigida á que se moderase. Los dos dias siguientes no recibió Madama sino su sociedad particular, á la que no asistió la Duquesa; pero se presentó al tercer dia, que era de gran círculo. Sabia que el Rey no asistiría; y por primera vez se puso los soberbios braza-

letes que de él habia recibido, y que hasta aquel dia no se habia resuelto á usar. Tenia las manos y brazos de una belleza incomparable, y este brillante adorno los hacia mas notables. Estaba con guantes; y, para evitar toda afectacion, se decidió á no dejarlos hasta sentarse al juego; pero el acaso le proporcionó ocasion mas natural. Madama, interin se arreglaban las mesas de juego, recorría el círculo; hablando á las damas que la hacian la córte, dejó caer el abanico: la Duquesa, que estaba á dos pasos de ella, se adelanta, se baja, y quitándose el guante, segun la etiqueta, para presentarle el abanico que alzó, y le ofreció, le pone delante de su vista aquella alhaja, cuyo recuerdo tan vivo habia conservado: fué muy odiosa la impresion que recibió Madama, de manera, que no pudiendo resolverse á tomar su abanico de tal mano, echando una mirada centelleante de despecho y de cólera á la Duquesa, le ordenó lo pusiera sobre una mesa. La Duquesa obedeció sin inmutarse, en seguida se quitó el otro guante; se ponen á descubierto los hermosos brazaletes, y todos los miran. Madama empezó su partida: las demás camaristas y toda la córte, que notaban claramente el ódio de Madama á la Duquesa, la tra-

taron con extrema frialdad: lisonja para Madama, que no tenia oposicion, estando el Rey ausente. Pero la Duquesa no estaba abandonada en esta numerosa asamblea; todos sus amigos se encontraban allí: el Duque y la Duquesa de Saint-Aignan; el Duque de Longueville, siempre amante, aunque sin esperanza; Beringhen, Benserade, el duque de Roquelaure, el marqués de Sourdis: todas estas personas la rodeaban, y no la dejaron en toda la noche; al contrario, parecian ocupadas únicamente de ella. Esta conducta les ocasionó la desgracia completa de Madama, que se declaró, y cesó de admitirlos totalmente en su intimidad.

Sin embargo, consintió la Duquesa en recibir algunas veces al Rey en su cuarto, con tal que no fuese solo; y la Duquesa recibiría á la misma hora tres ó cuatro señoras de la corte, tratadas por Madama con ligereza; quienes hallarían un extremo placer en despreciarla, haciendo la corte al Rey. Estas visitas del Soberano á una joven que no estaba casada, y que lejos de tener el título de amante, no habia mutacion en su modestia y sus principios, fueron un grande acontecimiento en S. German. Los amigos de la Duquesa decian públicamente,

que el Rey, por esta distincion extraordinaria, queria indemnizarla de las injusticias de Madama; añadiendo en secreto, que la Duquesa era la amiga íntima de S. M.; porque habia resistido ser su Dama. Las personas, en tanto número, que jamás creen lo que sale del orden comun de las cosas, se burlaban de esta opinion; otras pensaban mas fundadamente, que la Duquesa sucumbiria al peligro que se exponia con inocencia y seguridad: en fin, la conducta del Rey y la Duquesa eran admiradas por aquellas gentes sensibles, generosas y crédulas, que se llaman por burla de caracter romancesco. En efecto, juzgan continuamente mal; porque aman con pasion lo que hay mas hermoso en la tierra, lo maravilloso en sentimiento y en virtud; pero esto, sin duda, es infinitamente raro, aunque no es ideal. Feliz el que puede conservar siempre la noble ilusion que le hace ver, ó la esperanza de descubrirlo. El Rey, fiel á su promesa, no pasaba al cuarto de la Duquesa sino acompañado de Beringhen, ó Lauzun. Cierzo de ser amado, quizá en el fondo de su alma esperaba todo lo futuro; pero él tenia un sentimiento de gloria en hacer á la Duquesa gozar de todos los honores de la virtud, en con-

fundir sus enemigos, y quitar á Madama la posibilidad de difamarla: lejos de procurar veerla sin testigos, procuraba no sentarse á su lado en la sociedad escogida que encontraba en su cuarto, y si alguna vez lo hacia, jamás le hablaba misteriosamente, ni pronunciaba una sola palabra que pudiese descubrir su amor, ni le escribia; pero se indemnizaba de esta privacion, por el dulce placer de honrar el objeto que adoraba; por la felicidad que gustaba mostrando una justa admiracion de la Duquesa, y elevandola por todos aspectos sobre las demás mugeres; en fin, por la satisfaccion de vengar la inocencia, y humillar el orgullo de Madama. Asegurada la Duquesa por una conducta tan pura, tan franca y desinteresada, le amaba con mas entusiasmo; de consiguiente con mayor peligro: persuadida por cuanto la rodeaba, que todo el mundo, sin excepcion, hacia justicia á su carácter y sentimientos, y que aun sus enemigos, procurando calumniarla, tenian de ella la opinion que debian, gozaba menos de este triunfo por sí misma, que por el Rey; á él referia toda la gloria; él solo, á sus ojos, merecia los elogios y una verdadera admiracion. Estas dulces ideas le dieron una serenidad, que hasta entonces no se

le habia conocido, y que la hacia tan amable como interesante: encantaba á cuantos la trataban, por la finura y rectitud de su espíritu, por una alegría llena de gracia, una igualdad de humor, un carácter de dulzura, de indulgencia y de bondad, que no se desmentia jamás.

Tal era el estado de la córte cuando volvió el conde de Guiche, tres semanas ausente. Quedó admirado de las imprudencias que habian dejado cometer á Madama. Ella misma, aunque estaba mas irritada que nunca, comenzaba á arrepentirse: veía, á pesar de la elevacion de su rango, cuan diferentes son los homenajes tributados solo al nacimiento, de los que prodiga el favor. El conde de Guiche, ante todas cosas, prometió vengarla: en seguida le aconsejó, que era necesario acercarse al Rey, aunque fuera en apariencia. No se trataba de volver á ganar su amistad, sino de persuadirlo así á toda la córte, ó al menos de establecer sobre este asunto la duda; que hace obrar á los cortesanos cuasi como la certidumbre; porque en la corte, principalmente las probabilidades, tienen una funesta influencia sobre las conductas. Este género de cálculo es el de la prudencia; él dirige siempre á aque-

llos, cuyas acciones son dominadas por el interés y la ambición.

El conde se encargó de preparar una conciliación; y sin prevenirlo á Madama, que la habria rehusado, fué á buscar á la Duquesa. Le hizo una pintura de Madama, abatida, inconsolable, poseída de un profundo sentimiento por el Rey, y no pudiendo soportar una frialdad que la separaba enteramente de él. Otra, en lugar de la Duquesa, orgullosa de recibir tal confianza, que era en sustancia una sollicitacion, hubiera respondido con las mesuradas expresiones del respeto; pero con la seriedad del rencor y del orgullo, habria exagerado el resentimiento del Rey, á fin de recordar sus agravios personales, y hacer valer su mediacion; pero la Duquesa respondió con su ordinario candor: manifestó un dolor sincero de ser la causa inocente de la desunion del Rey y Madama, y el deseo de reunirlos. Para no atribuirse el mérito de esta reconciliacion, aconsejó al conde hablase al Rey sobre ella; y como si este paso bastase, no prometió siquiera apoyarlo; pero el mismo dia escribió á S. M. dandole cuenta de la conversacion con el conde de Guiche, y diciendole todo lo que podia interesarle en favor de Madama.

Luis vió á Madama particularmente, se abrazaron, se hablaron con sequedad; pero cortesmente: se separaron poco satisfechos de esta explicacion; no obstante, los amigos de Madama publicaron, que ella habia quedado muy complacida. Al dia siguiente pareció S. M. en el círculo de Madama; y ésta mandó decir á la Duquesa, que podia pasar á su cuarto con sus otras compañeras: la llevó muchas veces á las cámaras de las reinas; pero siempre la trató, si no con desdén, al menos con una frialdad extrema.

La violencia que se hacia, tan costosa á su carácter, aumentó mas su ódio contra aquella que le quitaba su favor, su crédito, y la forzaba á una especie de reparacion: en fin, ella veia á su rival triunfante, adorada, y aun irreprochable: la negra envidia envenenó su alma, destruyó de ella todos los sentimientos de justicia y generosidad, no dejando en ella mas que la horrible pasion de la venganza.

La pasion de Luis tomaba cada dia nuevas fuerzas: se observó una alteracion sensible en su humor; se puso triste, preocupado y pensativo: en fin, escribió á la Duquesa, no ya como un amigo virtuoso, sino como un amante descontento y apasionado. La Duquesa conoció entonces cuanto

se habia engañado. En su primer movimiento de sorpresa y dolor, dió una respuesta severa que desesperó al Rey. El despecho se unió al pesar de Luis; la virtud, que tanto habia admirado, no le parecia sino ingratitud; juró curarse. Mas como desterrar de su imaginacion y de su corazon el recuerdo encantador de una muger modesta, sensible y virtuosa!... Cuando no se traheñ á la memoria sino los talentos, las gracias y la belleza de lo que se ama, se puede olvidar, comparando con otras mugeres; pero cuando se reflexiona el encanto del candor y de la inocencia, se hallan pocos objetos de comparacion. Sin embargo, pareció que Luis se desviaba de la Duquesa, y se habia disminuido su ardor por ella. La condesa de Soissons aprovechó este instante, para presentar en la córte á la señorita de Mothe-Hondancourt, jóven de brillante belleza, á quien Madama admitió al punto en el número de sus camaristas. El Rey se deslumbró, y cayó en la red; pero esta intriga solo fué una ligera distraccion: á los dos meses volvió Luis á la Duquesa, con la sumision propia del arrepentimiento, y con mas ardor que nunca. Ella, inflexible, y fortalecida, quizá por la infidelidad pasagera del Rey, mostró el mis-

mo rigór. El Rey cayó en una profunda melancolia, que influyó visiblemente sobre su salud. En este estado tuvo necesidad de abrir su corazon. Beringhen y Benserade, no habian sabido sino ocasionalmente el secreto de su amor; entretanto le eran necesarios los consuelos de la amistad; escogió al duque de Lauzun para su confidente: este era el cortesano á quien S. M. mas amaba. Lauzun tenia ideas cavallerescas, y un aire bizarro de espirtu, que naturalmente debia desagradar al Rey, que poseía tan buen gusto y maneras tan sencillas. Sin embargo, todos los príncipes gustan de lo original, cuya inclinacion nace de la dificultad de encontrarlo entre los que los rodean: el uso y la etiqueta que arreglan todo el aire, los cumplimientos, los discursos, dan á todos los cortesanos cierta semejanza insípida. El modo de Lauzun era diferente al de los demás: tenia al Rey una inclinacion exaltada, que se manifestaba sin cesar por rasgos singulares: un entusiasmo sincero y fundado, le daban el privilegio exclusivo de alabar á Luis con exceso en su presencia. Estos elogios exagerados, y continuamente extravagantes, jamás se parecian á la lisonja, porque se expresaban con el tono de la pasion. El Rey, como decia con